



## ¿Sólo fuera del Perú estamos mejor?

Pepi Patrón

Profesora Principal del Departamento de Humanidades de la PUCP. Presidenta de Transparencia

**Síntesis:** Los jóvenes se quieren ir del Perú. ¿Será el nuestro un país que no ofrece la esperanza de una vida mejor? Algunos analistas opinan que se estarían yendo quienes tienen espíritu aventurero, audaz y emprendedor, en otras palabras, aquellos que no necesitarían emigrar para encontrar mejores condiciones de vida. ¿Qué podemos hacer para que nuestros compatriotas no quieran dejar el país? Parecería ser que las palabras claves son ilusión, esperanza, confianza; todo ello con el objetivo de recuperar el ánimo crítico de la juventud, no para querer irse sino para querer mejorar las cosas aquí, en nuestro propio país.

Hace algunos días (fecha en que fue redactada esta columna: 23 de mayo de 2005), nos enteramos a través de una encuesta que muchos, muchísimos peruanos, se quieren ir del Perú. Se trata, nada menos, de un 77% de entrevistados en la ciudad de Lima, porcentaje que sube a un sorprendente 86% entre peruanos y peruanas de 18 a 24 años. Los jóvenes se quieren ir del Perú. Difícil encontrar una explicación única. Sin duda se trata de múltiples causas, incluso muy diversas entre sí. Un país donde la mayoría de la población joven quiere irse es un país de ánimo extraño, tanto para los que se van como para los que nos quedamos.

¿Será el nuestro un país que no ofrece la esperanza de una vida mejor? A juzgar por los datos de esta encuesta parecería que ése es el caso. Por supuesto que ‘mejor’ significa muchas cosas. Para algunos es mejora económica. Para otros u otras, mejor educación y más oportunidades. Para muchos, la posibilidad de ahorrar y de enviar dinero a sus familias, amén de intentar que éstas luego los sigan. Los Estados Unidos de Norteamérica, España, Canadá, y ahora países vecinos como Chile o Ecuador, aparecen como destinos donde la vida podría ser ‘mejor’ que en Perú.

Se ha hablado y escrito bastante sobre el tema en estos días. Pero su gravedad amerita seguir reflexionando sobre él ¿Desencanto? ¿Desesperanza? ¿Frustración? ¿Imitación? Un joven de 22 años me decía que lo que le parecía extraño es que muchos de los que se quieren ir “*si la podrían hacer aquí*”. Y es que creen que afuera estarán mejor sólo “*por monería*”, porque España o Japón suenan “*más chévere*” que el Perú. Esta percepción de que (también) se van aquellos a quienes les podría ir bien aquí resulta interesante; coincide con lo señalado por algunos analistas: justamente (o también) se estarían yendo aquellos que tienen espíritu aventurero, audaz y emprendedor; el problema es que nunca sabremos si les iría igual de bien aquí, pues muchos de ellos ya no van a volver.

Es decir, además de estar perdiendo a mucha de nuestra gente -aproximadamente hay 2.5 millones de peruanos residiendo en el extranjero, lo que ya es grave y doloroso-, se está yendo gente luchadora y valiente. Ahora bien, en un país pobre y muy desigual como el nuestro cada quien tiene derecho a buscar su mejoría y la de su familia. Entonces, ¿cómo hacemos para que no se vayan o no quieran irse?

Parecería ser que las palabras claves son ilusión, esperanza, confianza. Ilusión en que las cosas podrían ser de otra manera. Esperanza de poder cambiarlas. Confianza en que todo (o por lo menos algo) pueda ser mejor aquí. Ellas implican también confianza en los grupos dirigentes, que supuestamente deciden sobre nuestro presente y nuestro futuro. Pero parece que por ahí no va la confianza hoy. El gobierno, el Congreso y el Poder Judicial, no



pasan del 10% de aprobación. Y si así están las cosas, ¿en quiénes confían los jóvenes del Perú? ¿Cuáles son sus modelos de conducta y autoridad? ¿Quiénes los inspiran para un compromiso con el país?

Mucha de la discusión filosófica contemporánea en los terrenos de la ética y de la política se centra en la importancia de la pertenencia de las personas a diferentes tipos y formas de comunidad. Sea en la familia, en la escuela, en el barrio, en la parroquia o en la nación, es al interior de una diversidad de comunidades que nuestras identidades se van construyendo y se van tejiendo distintas formas de reconocimiento entre sus miembros. Este sentimiento de pertenencia es fundamental en la vida de las personas. Por ello, el grupo de los llamados filósofos comunitaristas plantea que el pertenecer a comunidades básicas es un “bien primario” para las personas, un derecho elemental.

El asunto no es sólo “pertenecer a”, y en el caso que nos ocupa “quedarnos en”, sino pensar que tenemos que comprometernos con la posibilidad del cambio. Parecería ser muy importante devolverle a la gente esas ganas de cambiar, de mejorar nuestro complejo país, participando de diversas maneras y en distintos ámbitos, en la vida económica, social, política e institucional del mismo. Recuperar el ánimo crítico de la juventud, pero no para querer irse, sino para querer mejorar las cosas. Pero, qué duda cabe, se necesita de buenos ejemplos y modelos que parecen escasear hoy.

Estos años recientes han sido decisivos en el tema, pues hoy en día se va del país mucha más gente que en los ochenta y en los noventa. Sin duda, la cercanía de lo lejano que la globalización implica facilita esta migración. Pero también podría ser de otra manera. El espectáculo para obtener visas en algunos consulados es triste: cientos de compatriotas formados en largas y humillantes colas en plena calle, en verano y en invierno. Ojalá todos y todas, en conjunto, podamos construir o reconstruir la ilusión y la confianza de poder estar ‘mejor’ aquí, en nuestro propio país.